



Diálogo profundo entre América Latina y la Iglesia universal

En la presentación de este número de la Revista *Medellín*, deseo profundizar en tres ejes fundamentales del itinerario recorrido hasta este momento con la Primera Asamblea Eclesial de América Latina y el Caribe.

El primer elemento. Nos encontramos en un momento histórico, donde la Iglesia guiada por el Papa Francisco avanza, desde la praxis, en la “apropiación” del Concilio Vaticano II, realidad relevante, pero en la cual no voy a detenerme; pero sí veo la necesidad de levantar la mirada un momento para situarnos en ese constante y profundo diálogo que el episcopado latinoamericano y caribeño ha tenido, a través de sus cinco Conferencias Episcopales Continentales, con el Magisterio Universal.

También, esta vez, la Iglesia en América Latina y el Caribe avanza en ese movimiento dialógico de actuación del Vaticano II, y lo hace en el despliegue de una de las mayores comprensiones que de allí emergen: el reconocimiento y la centralidad del Pueblo de Dios. La Asamblea Eclesial, sugerida y promovida por el Papa Francisco, tiene como centralidad la participación, la manifestación y el protagonismo del Pueblo de Dios.

Se trata de un paso más en la Iglesia continental. Todos los ministerios y vocaciones, en armonía y en profundo reconocimiento de la especificidad de cada uno, constituyen al mismo tiempo la *ekklesia*, ese pueblo escatológico congregado por Jesús, estilo característico del *ser Iglesia* en estas tierras latinoamericanas.

Un segundo elemento es la puesta en marcha de un proceso continental, donde la convocatoria, esta vez, no ha sido solo del episcopado Latinoamericano sino precisamente de los diferentes referentes de ese Pueblo de Dios, en un escenario de pandemia donde no faltaron las voces que consideraban la necesidad de esperar otros tiempos mejores. Haber llevado adelante la Asamblea, fue sin lugar a duda una dura decisión y una dura tarea, llena de incertidumbres, de obstáculos y de retos. El objetivo por cierto no fue salir adelante con una idea preconcebida, fue una constante escucha de todas las Conferencias Episcopales y de los múltiples equipos que el CELAM consultó y convocó constantemente al respecto.

Es necesario decir que la decisión no fue un contra viento y marea, fue la manifestación de un proceso, un avanzar en tiempos que, como la evidencia sanitaria nos demuestra, llegó para retirarse, pero no sabemos cuándo. En el medio tiempo se trató de hacer un proceso de verdadera esperanza en nuestra América Latina, con la escucha abierta y comunal, con el mismo evento de la Asamblea en sí y el discernimiento que ella aperturó.

Leer y comprender los signos de los tiempos nunca ha sido sencillo, claro, evidente; es siempre un fatigoso camino, donde el Espíritu y la voluntad de la escucha guían y, al mismo tiempo, supone avanzar entre dudas. Sabemos que fue un proceso lleno de la maravilla del accionar de Dios en su Pueblo, y de enorme desafío.

Un tercer elemento es la apertura del Pueblo de Dios en Latinoamérica a la Sinodalidad, dimensión teológica y eclesiológica fundamental, de la cual la Asamblea fue un laboratorio en acción, y también es el camino por recorrer aún en el proceso que continúa. Somos conscientes que la Sinodalidad es una dimensión que



requiere el máximo compromiso de cada persona y de toda la comunidad. Se trata de una forma de encarar la vida desde la luz que contiene y llevarla a todos lados, ya no solo como discurso sino como real compromiso de vida.

Ofrecer como Iglesia continental tres años de concientización de la propuesta, de apropiación, de discernimiento comunitario, como posibilidad de contribuir con un pensamiento y una praxis ya en camino por las rutas de nuestros amados pueblos es un don que solo el Espíritu podía hacer a nuestra Iglesia.

La misma presencia de dirigentes representantes de la Iglesia de otras latitudes del mundo, la integración que tuvieron a la Asamblea, su participación y sus apreciaciones nos corrobora que vamos camino al Sínodo en esa dinámica tan importante, donde medios y fines se ejercitan en caminar juntos en búsqueda de nuevos horizontes.

Ahora, el proceso sigue, se expande, se abre, se multiplicará y se profundizará. Está en todos nosotros, Pueblo de Dios, permitir que impregne en la Iglesia y como consecuencia también en la sociedad.

Mons. MIGUEL CABREJOS VIDARTE, OFM
Presidente del CELAM